

## CAPITULO IX.

Nuevo período de paz.—Comienza la construcción de la gran mezquita de Córdoba.—Designa Abderrahman para sucesor suyo á su hijo Hixem.—Su muerte.—Aurelio, Silo, Mauregato y Bermudo I el diácono, en Asturias.

Con la muerte de Abul-Asiád y la sumisión de Cassim quedó de nuevo pacificada la España musulmana, sin que ya en el resto del reinado de Abderrahman volviera á turbarse el sosiego, bien que solo vivió aun dos años, tiempo harto breve para que pudiera disfrutar sus delicias, á tanta costa compradas, pero bastante para que hiciera todavía algunas útiles reformas que el país necesitaba penitentemente y diera comienzo á una gran obra, inspirada á la vez por un pensamiento religioso y otro político; la construcción de la mezquita de Córdoba.

El pensamiento religioso que le hizo emprender tan gigantesca obra fue el de dar mayor gloria y esplendor al culto del Islam; el político, aislar por completo sus estados del Asia, haciendo de dicha mezquita el centro de la religión musulmana de España, y que de este modo viniera á sustituir en ella á la Meca.

Comprendiendo la inmensa importancia de su proyecto, y deseando su pronta terminación, no vaciló en derramar el oro á manos llenas y trabajar él mismo en las obras una hora al día; pero ni aun así logró verle realizado.

Conociendo que se aproximaba su fin, no quiso morir sin declarar antes á cuál de sus tres hijos, Suleiman, Abdallah ó Hixem prefería para reemplazarle. Eran todos tres dotados de clara inteligencia, pero el último, aunque mas jóven, superaba á los otros, y era además amado del pueblo por su amable carácter, prefiriéndole también su padre por ser hijo de Howara, la mas querida de sus esposas. Así es que reuniendo en consejo á los walis de seis provincias y á varios gobernadores y wazires, les manifestó, en presencia de su *hagib* (primer ministro), del *cadí de los cadíes* y otros altos dignatarios, que deseaba le sucediese Hixem, y en consecuencia les rogaba que le reconociesen como heredero legítimo.

Y así se hizo en efecto, con no poca mortificación de Suleiman, que marchó á ocultar su rabia á Toledo, de donde era wali tiempo hacia, y de Abdallah, que ahogando su despecho permaneció en Córdoba.

Poco despues de este acto, y habiéndose trasladado Abderrahman á Mérida, se agravó su enfermedad y le condujo al sepulcro el día 30 de setiembre de 788 ó 22 de la segunda luna de Rebie del año 171 de la egrira, á la edad de cincuenta y nueve años, y á los treinta y dos de un reinado tan agitado como glorioso.

Es evidente, que, á pesar de que en las crónicas tanto cristianas como musulmanas se les dan los nombres de Califa, Rey y *Emir-almuminin* (Miramamolín, emir de los creyentes), ni él ni sus sucesores hasta Abderrahman III usaron jamás semejantes títulos, sino solo el de emires independientes; sin embargo, como en cuestiones tales la costumbre hace ley, nosotros les daremos cualquiera de los antedichos calificativos.

Como por lo que del reinado del primer Abderrahman llevamos dicho se deduce, sus disturbios, sus casi continuas contiendas ofrecían á los cristianos de Asturias una bella ocasion para seguir extendiendo sus dominios, ¿la supieron aprovechar? Esto es lo que vamos á ver ahora.

Murió Fruela, segun se ha dicho en otro lugar, asesinado por los nobles, y dejando un hijo de corta edad llamado Alfonso, que por esta razon y por el odio que la memoria de su padre inspiraba no fue elegido en reemplazo de este, sino que se dió el trono á Aurelio, hijo del hermano de Alfonso I, nombrado también Fruela, y de quien ya hicimos mencion.

Este monarca, que reinó seis años, no hizo en ellos cosa alguna digna de mencionarse, á no ser el haber reprimido mas con la justicia que con la fuerza una sublevación de los esclavos hechos por Alfonso el Católico en sus correrías, y que amenazaba tomar proporciones alarmantes; pues, por lo demás, mantúvose en completa paz con los árabes, y aun permitió que algunas jóvenes de la nobleza contrayeran matrimonio con musulmanes, lo que dió origen á que bastante tiempo despues de su muerte se intentara manchar su memoria, sino gloriosa al menos tampoco odiada, con la absurda fábula del *tributo de las cien doncellas*, acogida con sobrada ligereza por Mariana y algunos otros.

Murió en Cangas en el año 773.

Elegido para sucederle Silo, casado con Adosinda, hija de Alfonso el Católico, y por consiguiente yerno de este, su reinado no fue tampoco muy fecundo en acontecimientos.

La mayor parte de él lo pasó en Pravia, villa situada á la izquierda del Nalon, y solo ejecutó de notable la represión de los gallegos, que no escarmentados con los anteriores descalabros se rebelaron nuevamente, sufriendo también un desastre en Cebrero, que les obligó á someterse.

A semejanza de su antecesor, no desvainó la espada contra los árabes, debiendo la paz que disfrutó con estos, segun la crónica Albedense, á la influencia de su madre.

El no tener sucesión y las sugerencias de su mujer Adosinda, le movieron á llamar á sí al hijo de Fruela, que desde la muerte de su padre se hallaba en el monasterio de Samos, en Galicia, y hacerle partícipe del gobierno, con intencion de que cuando falleciera ocupara su puesto.

Ocurrió esto el año 783, y siempre protegido por Adosinda, fue

proclamado Alfonso sucesor de Silo; mas despues arrepintiéronse los nobles, temerosos quizá de que acordándose de los pasados desaires y de la muerte que á su padre habian dado, pretendiese vengar unos y otra, si se llegaba á ver en el trono; y en consecuencia anulaban su eleccion y en su lugar nombraron á Mauregato, hijo bastardo de Alfonso I y de una esclava mora que cautivó en sus expediciones.

También de Mauregato afirman algunos historiadores que pidió y obtuvo el apoyo de los árabes para destronar á Alfonso, obligándose á darles en tributo cincuenta doncellas nobles y otras cincuenta del pueblo, siendo de notar que el mismo Mariana, que atribuyó este odioso tributo á Aurelio, vuelve á referirlo también á Mauregato, con tanta verdad en uno como en otro.

Y aun descartando esta fábula del anterior aserto, tampoco está probado que el hijo bastardo del primer Alfonso llamara en su socorro á los musulmanes; por otra parte, para explicar el triunfo que obtuvo bastaba con el apoyo que por las razones expresadas le prestaron los nobles. Así es que librando también de esta mancha la memoria de Mauregato, mientras no se pruebe suficientemente lo contrario, atribuiremos á aquella sola causa el nuevo desaire sufrido por el que mas tarde habia de ser Alfonso II, y que le obligó á refugiarse en Alava, donde, á mas de hallarse algunos parientes de su madre contaba con amigos y partidarios, y le era fácil sustraerse al concono de su rival.

Este, posesionado del trono, no hizo en los seis años que le ocupó cosa alguna que merezca mencionarse. A semejanza de sus antecesores contentóse con conservar una completa calma y una actitud expectativa ante el cuadro que la España musulmana ofrecía á la sazón, desaprovechando una vez mas la coyuntura de arrancar á los árabes algun pedazo del territorio que con tanta facilidad conquistaron, y acrecentar con él el aun reducido reino de Asturias.

Florez, en su *España sagrada* nos dice, que reinando Mauregato, dos obispos, llamados Félix y Elipando, introdujeron una herejía semejante á la de Nestorio, pero no hizo grandes progresos, pues inmediatamente dedicóse á combatirla y contrarestarla los obispos fieles y algunos otros eclesiásticos, y fue condenada igualmente en dos concilios celebrados uno en Narbona y en Francfort el otro, ambos en tiempo de Carlomagno.

Falleció Mauregato en el año 789, al siguiente de la muerte de Abderrahman.

Mientras que en los dominios musulmanes era proclamado Hixem, sucesor de su padre, y ocurrían los sucesos de que daremos cuenta en lugar oportuno, sufría en Asturias Alfonso una nueva repulsa, y los grandes, antes de dejarle empuñar el cetro se lo entregaban á Bermudo, hermano de Aurelio, á pesar de ser diácono, con abierta infracción de lo que las leyes de los godos, por las que hasta entonces se habian regido, en este punto, establecian.

Y con este motivo debemos hacer notar una cosa. A pesar de su estado eclesiástico habia Bermudo contraído matrimonio con Numila, de cuya union nacieron dos hijos, llamados Ramiro y García, prueba evidente de que ó las prohibiciones de Fruela no se referian á los diáconos, ó, lo que es mas probable, que considerándolas como odiosas no eran obedecidas.

Sea lo que quiera, no fue poca fortuna que la eleccion recayera en persona tan digna é ilustrada, pues si bien en los tres años escasos que duró su reinado, mantúvose pacífico y no hizo cosa alguna digna de nota, conociendo las altas prendas que al malaventurado hijo de Fruela adornaban, le llamó á sí y confióle el mando en jefe de las tropas, con las que rechazó una invasión de musulmanes ordenada por Hixem I y mandada por su ministro Abdel-Wahid, como se dirá en su lugar.

De este modo pudo Alfonso, dándose á conocer, probar á los grandes lo desacertados que anduvieron en el juicio que de él tenían formado y el error en que habian incurrido al no poner tiempo atrás el cetro en sus manos.

Cuando Bermudo conoció que ya habia desaparecido toda la prevención que los nobles tenían por el hijo de Fruela, y que por lo tanto ningun obstáculo opondrían á su entronizamiento, renunció en él la corona, y no solo sin disgusto, sino con gran contento, se retiró á consagrarse de nuevo á sus sagrados deberes.

Sucedió lo que habia previsto. Convencidos los nobles de lo distinto que era Alfonso de su padre, y cautivados por las bellas cualidades que en aquellos tres años habia demostrado, se apresuraron á confirmar su nombramiento, y de este modo aquel Alfonso tantas veces desairado en sus pretensiones vino á sentarse en el trono de Asturias por los votos de los mismos que poco antes tan tenazmente le rechazaron.

«Falta hacia al pobre reino de Asturias, exclama con este motivo un historiador contemporáneo, despues de tantos monarcas indolentes ó flojos (pues apenas alguno desde Fruela habia sacado la espada contra los sarracenos), un príncipe enérgico y vigoroso que le sacara de aquel estado de vergonzosa apatía, é hiciera respetar otra vez á los infieles las armas cristianas como en tiempo de Pelayo y de Alfonso el Católico (1).»

(1) Lafuente, Hist. de España, tom. II, pág. 2, lib. I, cap. v.



ALFONSO II, EL CASTO.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

## CAPITULO X.

Hixem I en Córdoba.—Sublevación de sus hermanos.—Su represión.—Otros disturbios en el Norte y Este.—Guerra santa.—Terminación de la mezquita de Córdoba.—Muerte de Hixem.—Alfonso II en Asturias.

TURBULENTO fue el principio del reinado de Hixem I, pues á pesar de la pompa con que se efectuó su proclamación, á pesar del contento del pueblo que desde el principio le apellidaba ya *Al-Adhil* y *Al-Bahdí* (el justo y el afable), dos hombres unidos á él por los vínculos de la sangre, aunque no por los del cariño, no participaban de la opinión general y esto fue bastante para que, valiéndose del poder que Abderrahman les había confiado, se levantasen en armas contra su hermano y señor.

Nos referimos á Suleiman y Abdallah, walis respectivamente de Toledo y Mérida, según sabemos, y que no habiendo olvidado que se vieron postergados por su padre á su hermano menor, en cuanto murió aquel, sin reparar en los vínculos que les unían, no vacilaron en lanzarse á una temeraria y fratricida lucha y proclamarse independientes en el territorio que gobernaban.

Con objeto de poder contrarrestar mejor á las tropas que Hixem no dejaba de mandar en su contra, reuniéronse ambos en Toledo, donde se aprestaron á la resistencia, no sin encarcelar antes al wazir, que no pudieron atraer á su partido.

Procediendo el hijo de Howara con prudencia suma, quiso antes de apelar á las armas tentar otros medios de persuasión, y á este fin escribió á Suleiman pidiéndole le expusiese las causas que le habían movido á tal determinación, pero la única respuesta que obtuvo el comisionado fue la de ver sacrificar al desdichado wazir tras de lo cual le dijo insolentemente Suleiman: «Vé aquí como obedecemos á tu señor: dile que queremos permanecer independientes en nuestras pequeñas provincias, como compensación del desaire que hemos sufrido.» Ante semejante contestación no había ya avenencia posible, y por lo tanto decidido Hixem á proceder con energía, se puso al frente de veinte mil hombres y marchó con ellos sobre Toledo.

Salió al encuentro Suleiman con fuerzas casi iguales; trabóse el combate; fue este derrotado y solo á favor de la noche pudo escaparse á la montaña con alguna gente, dejando en la ciudad á Abdallah, quien no pudo sostenerse mucho tiempo contra las tropas de su hermano, que le sitiaba estrechamente, y confiando en los generosos sentimientos de este no vaciló en salir él mismo como parlamentario á concertar la entrega de la plaza, siendo recibido por Hixem con los brazos abiertos, puesto que semejante acción satisfacía todos sus deseos, y en su consecuencia le fueron perdonados todos sus extravíos.

Mas obstinado Suleiman, marchó á Murcia donde tenía bastantes partidarios, y parecía aun dispuesto á permanecer en rebelión, visto lo cual por aquel, después de dar tierras á Abdallah para que pudiera vivir según su rango, y nombrar wali de Toledo á un cercano pariente del fiel wazir, muerto por su causa, marchó contra él, llevando en la vanguardia de su ejército á su hijo Alhakem, que no pudiendo contener su fogosidad á la vista de los insurrectos en los campos de Lorca, les acometió sin aguardar al resto de las tropas, y si bien reparando con su valor su imprudencia los derrotó completamente, no fue por eso menos severamente reprendido por su padre, pues fácilmente pudiera haberle costado muy cara su temeridad.

Al saber Suleiman la derrota de los suyos, maldijo su suerte, y se dirigió hácia Valencia, dispuesto á continuar la guerra, pero perseguido con actividad no tuvo mas recurso que implorar la clemencia de su hermano, quien le concedió los mismos beneficios que á Abdallah, si bien le propuso que vendiendo las posesiones que tenía en la Península adquiriese otras en Africa, y pasara allá á vivir, con objeto de evitar ulteriores trastornos, á lo cual después de muchas vacilaciones y de nuevas exigencias se avino Suleiman y pasó á Tánger.

Entre tanto que esto pasaba, en el Norte de la Península ocurrían también serios disturbios. Depuesto el wali de Tortosa, Said-ben-Hussein negóse á entregar el mando á su sucesor, y aliándose con los francos rebelóse también contra Hixem, y poco tiempo después el caudillo Balhunt, auxiliado por los walis de Barcelona, Taragona y Huesca, se apoderó de Zaragoza y proclamóse independiente.

Contra unos y otros marchó el wali de Valencia, Abu-Otman, quien no solo les sometió, sino que cogiéndolos prisioneros les cortó las cabezas, enviándoselas á Hixem en señal de su triunfo: este hecho le valió que el emir le escribiera dándole gracias por sus servicios, y le recompensara con el mando de la frontera de Afranc (Francia).

Como quiera que esto coincidió con la sumisión de sus hermanos, hizo celebrar fiestas en Córdoba, y pasados algunos días en medio de regocijos y no teniendo enemigos con quienes luchar en el interior, decidió ir al exterior á buscarlos, para lo cual ordenó la predicación en todas las mezquitas de sus estados, del *alghied* ó guerra santa contra los cristianos. Acudieron á su llamamiento los musulmanes españoles todos, y en breve pudo disponer de un considerable número de soldados, que distribuyó en tres cuerpos, uno con destino á Asturias, otro á las montañas vascas y el tercero á las Galias.

Verificó el primero, á las órdenes de Abdel-Wahib, el hadgib de

Hixem, algunas correrías en los territorios de Astorga y Lugo recogiendo no poco botín, mas sin acometer empresa alguna de verdadera importancia, hasta que saliéndole al encuentro Alfonso II, que á la sazón era solo jefe de las tropas de Bermudo, pues esto acontecía en 791, le derrotó en Burbia (Villafranca del Bierzo), causándole pérdidas de gran consideración.

Atribuyen los cronistas árabes, á los suyos, la palma de este combate, pero lo niegan los cristianos, y el hecho es que á partir de él el ejército musulmán emprendió la retirada y no volvió á molestar á Alfonso sino muy posteriormente, como veremos, lo que no es lógico sucediera á haber salido ganancioso, que hubiera continuado su movimiento sobre las tierras cristianas.

Tampoco el segundo cuerpo de tropas, á pesar de haber llegado hasta la Vasconia, obtuvo grandes resultados, pero muy diferente fue la suerte del tercero que, comandado por Abdallah-ben-Abdelmelek, penetró en la Septimania, si bien es cierto que las ventajas que este consiguió, debieron en gran parte á estar á la sazón Carlomagno en guerra con los sajones, y su hijo Ludovico Pio en Italia auxiliando á su hermano Pipino, contra los rebeldes de Benevento.

Tal acumulación de circunstancias hizo que después de apoderarse Abdallah de Gerona, ocupada por los francos cuando el rebelde Said-ben-Hussein les pidió auxilio, pudiera pasar sin obstáculo alguno los Pirineos y presentarse frente á Narbona cuyos arrabales saqueó y pegó fuego, matando á los que los defendían. De allí se dirigió á Carcasona, y como el duque Guillermo de Tolosa intentara oponersele junto al Orbieu, fue vencido, no obstante su valor, y las huestes agarenas regresaron á España cargadas de un botín extraordinario y coronadas de gloria, obtenida á costa de los desdichados francos.

No había descuidado Hixem por las guerras y disturbios las demás atenciones que á un buen gobernante incumben; por el contrario, tomó acertadas medidas administrativas y cortó muchos abusos; tan liberal y amante de la justicia era, que hasta se privó de comprar una heredad que deseaba, por no causar perjuicio á otros que también estaban en tratos para adquirirla. Tampoco descuidó el proseguir la obra de su padre, la gran mezquita de Córdoba, que mas afortunado que este pudo ver terminada.

Hé aquí como la describe un escritor árabe: «Esta magnífica aljama de Córdoba aventajaba á todas las de Oriente, tenía seiscientos pies de larga y doscientos cincuenta de ancha; estaba formada de treinta y ocho naves á lo ancho y diez y nueve á lo largo, mantenidas en mil noventa y tres columnas de mármol: se entraba á su *alquibla* (lugar destinado á la oración) por diez y nueve puertas forradas de planchas de bronce de maravillosa labor, y la puerta principal cubierta de láminas de oro; tenía nueve puertas á Oriente y nueve á Occidente. Sobre la cúpula mas alta había tres bolas doradas, y encima de ellas una granada de oro; de noche, para la oración, se alumbraba con cuatro mil setecientas lámparas que gastaban veinte y cuatro mil libras de aceite al año, y ciento veinte libras de alóe y ámbar para sus perfumes: el *atanor del mihrab* (lámpara del oratorio secreto) era de oro y de admirable estructura y grandeza.»

Ya en este intermedio había fallecido en Asturias Bermudo I el diácono y sido reemplazado por Alfonso II apellidado el Casto, por la razón que este solo sobrenombre da á conocer.

Dedicóse este á despertar á su pueblo del enervamiento y postración en que la indolencia ó nulidad de sus antecesores le habían sumido, y entregado se hallaba aun á esta tarea cuando una nueva invasión de musulmanes, acaecida en 794, le obligó á acudir á las armas quizá antes de lo que entraba en sus proyectos. Reunido que hubo ya un número suficiente de tropas, marchó al encuentro de los enemigos que esta vez se internaron bastante en el territorio de Asturias, y conociendo que su inferioridad numérica era necesario que por la pericia fuera contrarrestada, supo atraerlos con hábiles maniobras á un sitio pantanoso como lo indica su mismo nombre de Lutos ó Lutos (lodos), donde atacándolos valientemente hizo tal mortandad en ellos que algunos hacen subir los muertos á setenta mil, cifra que aun exagerada prueba que las pérdidas de los árabes debieron ser muy considerables. Con esta batalla que se llama de Lutos, generalmente, quedó el reino de Asturias libre de enemigos.

Dos años después del suceso que acabamos de referir, bien porque Hixem sintiéndose enfermo, bien porque según afirman algunos un astrólogo le profetizara su próxima muerte, convocó, á imitación de su padre, un consejo, al objeto de hacer reconocer y jurar como sucesor suyo á su hijo Alhakem, como así se verificó.

Acertado en verdad anduvo el astrólogo, á ser cierto lo de la profecía, pues muy poco tiempo había transcurrido de este último hecho cuando cayó enfermo Hixem, ó agravóse, si es que ya lo estaba, en términos que en los primeros días de abril del mismo año 796 murió, dando antes á su hijo consejos muy sábios y prudentes que, según dice un historiador, sería de desear fueran practicados hoy día por aquellos mismos que tienen á su cargo el gobierno y cuidado de los pueblos cristianos.



TOMA DE GERONA POR LUDOVICO PIO